

Rubis Camacho

La noche tendrá calor

Es la oscuridad. Un niño de ocho años, medio dormido, suelta el orín en la cama. No sabe cómo ocurre, lo despierta un calorcito bajando entre los muslos. Entreabre los ojos. La emisión es placentera; la vejiga libera la carga.

“¿Dónde estoy?”, se pregunta con espanto.

De eso dependerá el próximo movimiento. Si está en casa de la madre, deberá avanzar -como tigre silencioso en la selva- a buscar la plancha. El objeto es pesado. El cable es una cola negra y blanca que se desliza por el pasillo. Regresará a su cuarto y de prisa quitará las sábanas. Las tenderá sobre el piso. Enchufará, adivinando los huecos del conector. La plancha exhibirá un brevísimo estremecimiento. “Está prendida”, se consolará el niño. La pasará con cuidado sobre los mapas mojados -creación del líquido amarillento - y la fragancia avinagrada que produce el calor sobre el orín le hará saber que comenzó el proceso. Aventará con las manos el espacio de penumbras para que su exclusivo perfume no sature el pasillo, ni entre por la puerta donde duerme la madre y el padrastro. Tirará las sábanas sobre la cama y se voltará a desconectar el instrumento terrible. Si las manchas en la tela no lo delatan, como otras veces, su madre no lo golpeará en la mañana, ni lo castigará quitándole el desayuno, ni maldecirá el día que lo tuvo; mejor aún, no dirá a los vecinos ni a sus amigos que se sigue orinando en la cama.

Si está en casa de la abuela, será sábado o domingo (como lo ha dispuesto el Tribunal). Al despertarse húmedo, gritará:

- ¡Abuelaaaa, me oriné ;

Y mientras la anciana encorvada busca las chinelas de tela remendadas, el niño dejará que el orín abra rutas caprichosas en las sábanas, y procurará no moverse para que no se le escape el nuevo calor a la noche, y adorará el olor a vieja que asoma por el pasillo, el sonido de los pasos cansados, la boca amarga que le besa los cachetes, los brazos flácidos que cambian las sábanas y colocan calzoncillos limpios al lado de la almohada, la complicidad mañanera de café y queso de papa...

Pero, los ruidos de la calle confirman que está en casa de su madre. Corre a buscar la plancha. Los pies orinados resbalan en la loza del pasillo. Conecta a tientas. El pedazo de metal se enciende con naturaleza de diablo. El niño arranca las sábanas. El instrumento infernal cae en el muslo y arranca una península de carne. El grito implosiona adentro. Sofoca el dolor metiéndose la sábana orinada en la boca. Un segundo perfume de piel y angustia bate en el aire. ¿Cómo lo explicará mañana? ¿Por qué no es sábado o domingo?

Un niño escapa por la ventana.

Es la oscuridad.